

—Todo se lo he hecho ver, dijo Feuil, y esta es la única razón á que se ha rendido.

—¿Cuándo tienes que verla nuevamente?

—Esta noche; también habrá novedades.

—¿Y eso?

—Una de las cosas que traen más desasosegada á Anita es una carta que le ha escrito su cuñada.

—¿Si estará en autos?

—Así lo teme Anita.

—¿Qué dice la carta esa?

—Es toda mieles.

—Razón de más para desconfiar de ella; pero, en definitiva, ¿qué dice la cuñada?

—Que esta noche irá á ver á Anita para hablar con ella de asuntos graves; pero á solas, sin testigos, y que nada tema, ya que en ella tiene su mejor amiga.

—¿Cuánta ternura!

—Aquí hay gato encerrado; pero he instruído perfectamente á la duquesa, y no soltará prendas, tanto más cuanto tiene razones más que suficientes para no creer en la amistad de la baronesa, por más que ésta la trate con todo mimo de algún tiempo á esta parte. Querría encontrarme ya á mañana.

—Yo también; todo eso me trae desasosegado. Como quiera que sea, esta noche no te quedes en casa de la duquesa más que el tiempo estrictamente necesario para enterarte de lo que ha pasado. Evita toda imprudencia, pues puedes caer en un lazo. Piensa en tu madre.

—Nada temas. Ahora hazme el favor de llegarte á casa del príncipe, y si no le encuentras déjale dos rayas dándole de nuevo y en mi nombre las más encarecidas gracias; puede sernos útil. Yo me voy á ver á la señorita de Norcy.

—¿Qué demontre vas á hacer allí?

—Llevo un plan; durante estos últimos tiempos la he visitado con frecuencia, y me está agradecida por el interés que le he demostrado. Ítem más, es leal de corazón, y como al parecer me lleva una amistad sincera, puede servirme de mucho. Hay que preverlo todo, amigo mío.

Dejó á Jaime á la puerta de la de Norcy, y luego me encaminé á casa del príncipe; pero no bien hube andado algunos pasos, cuando aquél se me reunió otra vez, diciéndome:

—La señorita de Norcy está en el campo hace dos días.

Mejor; como no está más que á cuatro ó cinco leguas de aquí, me sobra tiempo para ir, hablar con ella y volver á la hora en que Anita me aguarda.

—¿Realmente reviste tanta importancia esta visita?

—Sí.

—Adelante, pues.

XVII

Encontré al príncipe en su casa, y le hablé sin ambages, atento á que era ya excusada con él toda reticencia desde el momento en que se portara tan caballerosamente en las circunstancias que el lector conoce. Tal era mi opinión, y tal la opinión de Jaime.

—¿Qué cuerdamente ha obrado el señor de Feuil al no llevarse á la duquesa! me dijo el príncipe. Esto habría producido un escándalo terrible, tanto más cuanto es fácil que pueda evitarse el peligro, si es que, con un hombre como el duque, el peligro existe.

Dichas estas palabras, el príncipe se entregó á la meditación.

—Si la duquesa fuese una mujer vulgar, prosiguió el de Rivá sonriéndose, yo me encargaría de sacarla del apuro.

—¿Cómo?

—Haciendo con el duque lo que en otro tiempo hicieron con Parabere en idénticas circunstancias: me lo llevaría á cenar y le emborracharía—lo que sería bastante fácil,—y al despertar al día siguiente en el dormitorio de su mujer, á vista y á presencia de todos, no tendría más remedio que aceptar las consecuencias.

—Bueno, pero la duquesa no es mujer que se preste á tal superchería.

—Demasiado lo sé. Peor, porque el único recurso de que podría echarse mano, aparte de este, es más que una superchería, es un crimen, y la duquesa se prestará todavía menos á él. Escuche usted, repuso el príncipe poco después y sonriéndose de nuevo, ¿me permite usted que le hable con toda sinceridad?

—Sí, señor.

—Pues hacen mal en alarmarse, porque todo concluirá á pedir de boca.

—¿Le parece á usted?

—Lo juraría. Cuanto hay que hacer es aguardar el desenlace; absolutamente nada más. Conozco al duque, y, como le conozco, sé que tendrá miedo á la ridiculez y al escándalo. Además, como entonces, al igual que siempre, tendrá necesidad de dinero, la duquesa le dará veinte mil duros para los confites, y le esponjará el tener un vástago. Apuesto que todo termina cual acabo de decir.

—Dios lo quiera, repuse; mas, por desgracia, tengo para mí que la duquesa toma el asunto por lo serio. Anita ama á Jaime, y quiere que el fruto de sus amores pertenezca á éste y no al duque.

—Entonces está loca de remate, y si le sucede alguna desventura, cúlpese á sí misma. Pero ya verá usted como lo reflexionará con más madurez y comprenderá que todo estriba en aguardar. Cuando ya no le sea posible ocultar la verdad, la declarará al duque. Siempre será tiempo para eso. El duque, ó no se incomodará, que es lo que continúo creyendo, y entonces quedará á salvo la honra y todo marchará viento en popa, ó lo tomará malamente y tras ello vendrá la separación: que es lo que, según tengo entendido, desea la duquesa, con más el conservar consigo á su hijo. Verdaderamente este último desenlace es el más honroso, pero tambien el más triste. Yo, en lugar del señor de Feuil, le doy á usted palabra que, conociendo al duque como le conozco, dormiría con toda tranquilidad y no me turbaría por nada. Por otra parte, ¿no me ha dicho usted que la baronesa debe celebrar esta noche una entrevista con la duquesa?

—Sí, señor.

—Pues es indudable que la baronesa hablará á Anita en este sentido; porque la familia, de saber la verdad, teme más el escándalo que persona alguna. Ya verá usted cómo la cuñada va á ofrecer los medios de conciliarlo todo.

—En efecto, es lo mejor que podría suceder.

—Diga usted á su amigo que no abulte las cosas, que las vea tal cual son; que ciertas situaciones más requieren talento y astucia que no fuerza y arrebato, y que al fin y al cabo lo más decoroso es salvar la honra de la mujer á quien amamos. Al oponerse á una fuga, más que peligrosa, ridícula, el señor de Feuil ha obrado ya cuerdamente, y cuerdamente obrará no cediendo á la exaltación de la duquesa.

Al señor de Feuil le está pasando lo que ha pasado á otros muchos, y para la dicha del hijo, vale más que venga al mundo de una manera regular. Cuando un hombre está enfrascado en esa clase de relaciones, es menester que les sacrifique algo. Si veo á la duquesa, á quien le consta que soy su amigo, le diré otro tanto; la gravedad de los acontecimientos me autoriza á ello, y así se conseguirá lo principal, que la gente no murmure.

El príncipe tenía razón: en ciertos amores es más necesario un poco de filosofía que no mucha lealtad. Verdad es que á primera vista una mujer como la duquesa parece llevar á cabo una acción hermosa y loable cuando, antes que engañar á su esposo y á la sociedad, declara en alta voz su falta, sufre las consecuencias de ella y no sustituye el verdadero padre de su hijo por el que le da la ley y que valiéndose de charranadas puede conservarle. La acción es noble, como acción que se basa en la franqueza; pero desde el punto de vista de la sociedad tal cual está organizada, tiene todos los visos de una necedad, como toda acción que da por resultado la deshonra.

Ante todo y sobre todo, la mujer debe no engañar á su marido; esta es la ley primordial de la sociedad; pero como son muchas las mujeres que á tal ley no se someten, la sociedad se ha visto constreñida á crear una segunda ley, posdata de la primera; esta que sigue: pero si la mujer engaña á su marido, debe hacer cuanto esté en su mano para que no trascienda. Con estas dos leyes, escrita la una y tradicional la otra; cimiento la una y necesidad la otra, la sociedad estima que ha hecho cuanto debía y podía hacer; y si una mujer es bastante débil para violar la primera, y bastante torpe ó lo suficientemente franca para no conformarse á la segunda, la sociedad se vuelve desapiadada y vomita sobre la culpada todas las imprecaciones de quien se ha abrogado el derecho de perseguir á los vencidos.

El príncipe tenía, pues, razón, socialmente hablando; y tras la conversación que con él sostuve, la situación no me pareció tan obscura como la viera en un principio. El monstruo iba disminuyendo en proporciones, y dime á entender que con un poco de paciencia y de maña la duquesa llegaría á vencerlo.

Ante todo era necesario conocer la causa y el resultado de la visita de la baronesa; pero también por este lado, á

juzgar por las apariencias, y como lo previera el príncipe, la duquesa parecía haber hallado ayuda y protección. Y, en efecto, era así, pues por mucho que, de algún tiempo á aquella parte, la baronesa se hubiese humanizado sensiblemente respecto de su cuñada, ésta nunca pudo prever que llevaría su complacencia hasta el punto en que lo hizo en aquellas apuradas circunstancias.

Y aquí se nos ocurre una pregunta: ¿la baronesa era realmente, en la esencia, bondadosa y capaz de abnegarse hasta el último extremo? Puede que sí; pero dado su carácter, ¿es posible que, sabiendo lo que pasaba, y sabiéndolo de fijo por boca de la misma sirvienta que informara á Vladimiro, y á la cual éste, *siempre en pro de Anita*, enviara á decirselo á la baronesa; es posible, repito, que persona alguna crea que la hermana del duque fuese á proponer á la duquesa su asistencia y á aconsejarla para ocultar á todo el mundo aquel desdichado acontecimiento, como lo apellidara el conde? Sin embargo, es la pura verdad.

Ante todo, decía la baronesa, es indispensable poner á cubierto la dignidad de la casa. Además, llegaba hasta el extremo de darse á entender que su hermano era capaz de aceptar un resultado sin causa; lo cual tampoco habría evitado un escándalo que era menester evitar á toda costa. ¿No era preferible que Anita viajase durante algún tiempo con ella, á quien no podrían acusar de una complicidad tan monstruosa? La baronesa juró y perjuró que allanaría todos los obstáculos, y que, de vuelta, nadie sospecharía que de una madre desconocida naciera un niño; y como si esto fuese poco, llevó su bondad hasta un límite inverosímil. Comprendiendo que la duquesa no querría separarse del padre de la criatura, espontáneamente propuso á Jaime que las acompañara en aquel viaje, no ostensiblemente, sino á cierta distancia para no comprometerlas, y al mismo tiempo lo suficientemente cerca para que pudiese ver lo más frecuentemente posible á la duquesa.

No era posible emplear un lenguaje mejor. Si Jaime era tan leal como suponían, si amaba realmente á Anita ¿qué le vedaba quedarse con el niño, legitimarlo? Y como Jaime estaba pobre, constituirían con facilidad á su hijo una renta que le aseguraría para siempre más su independencia, y de fallecer el niño, dicha renta pasaría á su padre.

Queriendo hacer demasiado, no era posible terminar peor unos ofrecimientos ya sospechosos por lo exagerados, ni herir más profundamente á la duquesa al vulnerar la lealtad del hombre á quien ésta amaba. Las expansiones que no nacen directamente del corazón siempre dejan al descubierto, en un punto ú otro, su burda trama. Con las amistades falsas, hijas de intereses misteriosos, pasa lo que con la fermentación espontánea que cubre de un musgo verdoso ciertos pantanos: desde lejos los confundimos con un prado cubierto de flores verdaderas; pero al acercarnos á ellos, quedamos envueltos en sus fétidas emanaciones; parecen firmes, y al poner el pie en su superficie nos hundimos en el cieno.

Bastábale á Anita presentir que la repentina complicidad de la baronesa obedecía á una causa interesada, para no aceptar de ella cosa alguna, y si esta era la resolución de la duquesa antes de oír á su cuñada, júzguese cuánto más se afirmó en sus propósitos cuando la baronesa hubo proferido sus imprudentes palabras.

—Gracias por la benevolencia que acaba usted de demostrarme, dijo Anita levantándose; pero no sé hasta qué punto las habladurías de una sirvienta despedida de mi casa le dan á usted derecho, mi querida baronesa, para hablarme como acaba usted de hacerlo. Por fortuna no tengo nada que temer, y por lo tanto no necesito viajar ni andarme con misterios.

Anita no mentó para nada á Jaime, no porque pretendiese negar que amaba á éste, sino por no inferirle el insulto de discutir su probidad con la baronesa.

Sin embargo, al par que rechazaba las proposiciones de su cuñada, Anita no podía menos de convenir en su fuero interno, que lo que aquélla acababa de proponerle era lo más acertado siempre y cuando fuese posible ponerlo en planta sin su concurso. Si aquel fruto adulterino podía venir al mundo, virgen de escándalo, y ser confiado á manos discretas hasta el día en que Anita hubiese conquistado completa libertad de acción, lo cual daba ella por consumado tan pronto su padre estuviese de vuelta; si, más adelante, podía adoptar á ese hijo y tomarlo ostensiblemente en su casa, ¿no sería eso lo más venturoso para ella y para Jaime?

Una vez la imaginación de la mujer que ama se engolfa

en el mar de las posibilidades, no hay razón que la detenga, y, como ve el lector, hasta los más grandes peligros, después de las primeras sacudidas inevitables é inherentes á los mismos, se convierten para ella en fuente de nuevas esperanzas: son semejantes á los kaleidoscopios con que se distrae á los niños, que á primera vista representan diablos ó piedras, y que, sacudiéndolos un poco, muestran de imprevisto ángeles ó flores.

Del gran terror en que las palabras de Vladimiro la abismaran, pasó Anita á una confianza inmoderada, hasta el extremo de deducir de la visita de la baronesa, que sus mismos enemigos estaban interesados en protegerla; todo lo veía de color de rosa, como suele decirse. En cuanto á Jaime, forjábale también las mismas ilusiones que su amante, y cuando vino por la noche á mi casa para enterarme de lo que ocurría, añadió que la duquesa estaba decidida á no decir ni intentar cosa alguna hasta después de haber llegado su padre, á quien esperaba dentro de poco, y que una vez éste en París, le declararía la verdad monda, segura de hallar en él la protección de que estaría necesitada. Además, como era indudable que entonces el duque estaría de viaje, pues para partir no aguardaba más que una comisión del gobierno, comisión que le habían prometido, con un poco de paciencia, como dijera el príncipe, todo podía terminar á medida del deseo.

Con todo eso, y por lo que pudiera tronar, Jaime fué á ver á la señorita de Norcy, á quien encontró más sana de cuerpo, pero tan triste de corazón y de espíritu como siempre. Vivía, aquélla, en una casita solitaria situada en el fondo de una de las ondulaciones del hermoso valle que empieza á un cuarto de legua de Versalles y termina en Chevreuse. Allí, á uno le parecía encontrarse á quinientas leguas de París; no podía encontrarse un retiro más impenetrable, y si la nueva inquilina hubiese tenido que ocultar en aquella casita á un reo de muerte fugado de la cárcel, antes la policía no hubiera dado con él habría debido pasar un año buscándolo.

Colinas cubiertas de árboles, de ondulaciones caprichosas y pintorescas, de corpulentos y temblorosos álamos, y rechonchos manzanos, redondos como esferas; acá y allá montones de leña cortada durante el invierno; un silencio eterno, silencio de seis mil años, turbado de tiempo en

tiempo por el graznido de algún cuervo que rayaba el espacio con sus negras alas; una desesperante inmovilidad de paisaje, animada *quando calis* por un coche que se dirigía á Dampierre, por una carretera que iba á Voisins, ó por una solitaria vaca conducida por una anciana de encarnado delantal; un horizonte limitado por dos ribazos paralelos: tal era la perspectiva que se ofrecía á las miradas de la de Norcy desde que ésta saliera de París. Como se ve, el paisaje no era alegre, máxime á principios de marzo, cuando el sol aun no se decide á mostrarse en todo su esplendor; pero la pobre afligida buscó un sitio que estuviera en armonía con su dolor, y realmente no podía escogerse otro que en el particular le superara. Era una tumba viviente; era lo que ella había buscado.

La señorita de Norcy, que no era mujer para sacar á plaza su dolor, creyó haber recibido una herida lo bastante profunda para morir pronto de resultas. Los pájaros inofensivos, cuando el cazador les hiere, en vez de chillar y de quejarse, se arrastran hasta los lugares más solitarios y ocultos para morir en ellos. Igual hacía aquélla.

Por toda compañía, la de Norcy tenía una antigua y anciana sirvienta, y su única distracción, cuando podía dar tregua á su pensamiento, era la lectura. Apenas si se paseaba media hora al día por su despojado y reducido jardín.

Como recordará el lector, Carlota había prometido á Isabel acompañarla al campo; pero no sintiéndose con fuerzas para luchar contra una soledad como aquella, procuró, primero, disuadir á su amiga, y luego buscó pretextos para no cumplir su palabra, tanto más cuanto acababa de reconciliarse con el sucesor de Jaime; porque el lector, por poco que conozca á las mujeres y haya comprendido el carácter de Carlota, debe haber adivinado que únicamente una riña con su nuevo amante pudo haber producido en ella los enternecimientos y las tentativas de reconciliación con nuestro héroe.

Mientras duró la riña, Carlota creyó estar triste, y aun intentó desesperar de su vida; por eso se empeñó en ver nuevamente á Jaime, y se compadeció de Isabel, y se despidió del amor, olvidando que en amor no hay más verdadero adiós que aquel que no se pronuncia, y por último quiso consagrar sus tristezas al consuelo de una amiga. Mas vino la reconciliación, precipitada quizá por la formal indi-

ferencia de Jaime, y aquella reconciliación dió alas á todas las ideas tristes nacidas en aquellos días; volaron las mariposas negras; reapareció sobre aquella capa, malamente teñida de sentimentalismo, la mujer frívola y liviana, y al recordar los compromisos que con Isabel contrajera, no supo cómo salir de ellos.

Por fortuna, la de Norcy no era mujer para exigir un sacrificio, máxime cuando no tenía empeño decidido en que lo cumplieran, y cuando, al buscar la soledad más absoluta, prefería verse libre de consuelos frívolos y de cháchara inútil y molesta. Casi nos atreveremos á decir que Isabel había aprovechado aquella ocasión de retirarse para devolver la libertad de acción á Carlota, que para recobrarla no opuso más que una resistencia decorosa.

Jaime encontró, pues, á la señorita de Norcy en la mejor disposición en que, para lo que él deseaba de ella, podía encontrarla: aislamiento del lugar, ausencia completa de testigos, y todas las garantías de discreción y de devoción que podía ofrecer un alma leal como aquella á quien se dirigía.

El lector ha adivinado ya qué favor iba Jaime á pedir á la de Norcy. Si las circunstancias obligaban á la duquesa á fugarse y á esconderse por algún tiempo, ¿dónde podía estar más oculta, protegida y cuidada que en casa de Isabel, si ésta consentía en admitirla, como para Jaime era indudable que la admitiría? El corazón de una mujer como aquella se abre sin esfuerzo cuando llama á él sinceramente una pasión que está á sus alcances y en su modo de ser.

La Providencia, pues, protegía ó parecía proteger á nuestro héroe hasta hacer concurrir al venturoso desenlace de su amor el doloroso desenlace del amor ajeno.

Jaime contó á Isabel lo que pasaba y le hizo evidente la eficacia con que podía auxiliarle.

—Diga usted á esa dama, profirió sencillamente la de Norcy, que puede disponer de mí y de mi casa.

Y aquella tarde misma, Isabel empezó á disponer su pequeño retiro para recibir á la fugitiva.

De regreso en París, ya hemos visto en qué disposiciones encontrara Jaime á la duquesa. La necesidad de una fuga estaba momentáneamente aplazada, gracias á la confianza que inspiró la visita de la baronesa y á los no mal fundados consejos del príncipe.

Jaime escribió, pues, á Isabel para enterarla de que habían resuelto aplazar la fuga, para darle nuevamente las gracias, y para decirle que no por eso había renunciado á lo convenido.

El duque, que, al parecer, no sospechaba cosa alguna, hablaba de su próximo viaje, para el cual estaba haciendo los preparativos.

Desde el punto de vista de nuestros dos enamorados, la salida del duque no podía ser más oportuna; lo único que había era que todos ignoraban el objeto y término de aquel viaje, incluso el interesado, por ser secreta la comisión diplomática que iban á encargarle, y no poder informarse de ella hasta tanto no hubiese salido de París.

El duque rodeaba de inusitadas atenciones á su mujer y le hacía toda suerte de recomendaciones para el tiempo que durara su ausencia. Sólo una vez preguntó á Anita si quería acompañarle, y al responderle ésta negativamente, no insistió lo más mínimo.

La duquesa vió una noche entrar con un estuche en la mano á su marido, el cual, después de solicitar de ella el correspondiente permiso para ofrecérselo, le entregó el presente, que valía unos tres mil duros. El duque esperaba de esta suerte, decía él mismo, restituir con el tiempo á su mujer los diamantes que de ella se había visto obligado á aceptar.

Jaime y Anita iban, pues, reponiéndose poco á poco de la inquietud en que les pusiera el incidente del baile, pareciéndose en esto al que sintiendo de improviso un vivo dolor vuela asustado á casa del médico, pero que, calmado aquél por el camino, se encamina á su casa diciendo entre sí: «no es nada». Sí, los dos amantes se olvidaban de que en lo físico como en lo moral todo tiene causa, desarrollo y efecto, y de que la Providencia ha dispuesto que nuestro cuerpo y nuestro corazón reciban anticipadamente una sacudida para que no les coja desprevenidos una enfermedad ó una desgracia.

La tranquilidad de que nuevamente disfrutaban nuestros dos amigos debía cambiar de todo en todo en un minuto.

En efecto, una mañana el príncipe de Rivá fué á ver á Jaime, y le dijo:

—Me alegro infinito de encontrarle á usted; anoche estuve

en casa de la duquesa para advertirla al mismo tiempo que á usted; pero estaba en el teatro.

—Sí, con el duque, el cual, so pretexto de que parte dentro de algunos días, pasa todas las noches al lado de su mujer.

—A propósito de este viaje vengo á verle á usted. ¿Usted cree que el duque parte solo?

—Está claro.

—Pues está usted en un error; se lleva ó quiere llevarse consigo á la duquesa.

—¿Está usted seguro? profirió Jaime palideciendo.

—Segurísimo.

—¿Y la duquesa?

—Nada sabe; por eso quería yo sustraerla al peligro.

—Pero ¿cómo ha sabido usted...?

—Verá usted: ayer, al pasar casualmente por el bulevar de los Capuchinos, subí al ministerio de Estado para ver al secretario del ministro, íntimo amigo mío á quien no había visto hacía algún tiempo, y mientras estábamos hablando de cosas indiferentes, trajéronle un paquete de papeles para que los presentara á la firma del ministro. Hojeando estaba mi amigo los documentos en mi presencia, cuando maquinalmente les dirigí una mirada, y entre ellos vi el pasaporte del duque, junto á cuyo nombre había una nota que decía: «Viaja con la duquesa su esposa.» No hay que perder tiempo, pues el duque debe recibir hoy su pasaporte.

—Le estoy á usted agradecidísimo, príncipe. Grave es, en efecto, la noticia. Voy á advertir inmediatamente á la duquesa, que no sabe de boca de su marido absolutamente nada sobre el particular. Y dígame usted, príncipe, ¿adónde va á desempeñar su comisión diplomática el duque?

—En el pasaporte no se designa nación alguna; ya sabe usted que los pasaportes diplomáticos son poco hablanchines, y que con ellos uno puede dirigirse indistintamente á los cuatro puntos cardinales.

—Es verdad.

Jaime estaba turbado; de repente se levantó la sospecha en su espíritu, y temeroso de que obrara malamente al abrir de par en par las puertas á la confianza, se estremeció ante la idea de que fuese ya demasiado tarde.

—No todo concluye aquí, repuso el príncipe; y lo que me induce á sospechar que el duque medita algún proyecto,

pues ese pasaporte pudiera haber sido extendido á todo evento, es que aquél ha solicitado del ministerio que hiciese porque los periódicos no dijese, como es costumbre, la nación para la cual debía salir.

—Realmente es grave lo que usted me dice. ¿Y el amigo de usted...?

—Mi amigo nada sabe; pero le he rogado encarecidamente que se informara.

—¡Oh! ¡Anita no partirá! exclamó Jaime.

—Tal creo yo; pero es preciso ponerla sobre aviso y que ustedes dos hallen cómo salir del trance. Aconséjela usted que se finja enferma, que se meta en cama, que gane tiempo; en fin, véase usted con ella, que es lo principal, y disponga de mí en todo y para todo.

Jaime escribió inmediatamente á la duquesa pidiéndole una cita para aquel mismo día, y entregó la carta al príncipe, que se encaminó al punto á casa de Anita, dejando lleno de zozobra á mi amigo.

XVIII

Jaime, que tenía suficiente serenidad de ánimo para hacer frente valerosa y hábilmente á las dificultades que pudieran presentarse, una hora después de la salida del príncipe, raciocinaba sobre la situación como si en vez de tratarse de una probabilidad se tratara de una certidumbre, y admitía contra sí los obstáculos más insuperables, aunque con la decisión del que está dispuesto á todo para allanarlos; así es que cuando llegó á la cita que la duquesa se apresurara á aceptar, estaba firmemente resuelto á provocar el peligro en lugar de guardarlo.

—¿Ha visto usted al príncipe? preguntó Jaime á Anita.

—Sí.

—¿La ha enterado á usted de lo que ocurre?

—También.

—¿Qué ha resuelto usted?

—Nada; pero estoy pronta á hacer lo que usted me diga.

—Escúcheme usted, pues. ¿Usted cree que su marido tiene la intención de llevarse á usted consigo?

—Empiezo á sospecharlo.

—Aparte del duque, ¿hay algo más que pueda dárselo á suponer á usted?

- Nada más.
 —¿Le ha visto usted antes de venir?
 —No estaba en casa.
 —¿Y no estará...?
 —Hasta la hora de la comida.
 —¿Cómo piensa usted pasar la noche?
 —El duque me lleva consigo al teatro.
 —¿Con el asentimiento de usted?
 —Sí; iba á mandar á usted un billete notificándosele, cuando ha llegado el príncipe. Para que el duque no sospeche, hago cuanto le place estos últimos días.
 —Luego ¿va usted esta noche al teatro?
 —Sí.
 —¿No hay nada que temer por hoy?
 —Ni mañana.
 —¿Y eso?
 —Da una comida á quince personas.
 —¿Contamos, pues, hasta pasado mañana?
 —Sí.
 —¿Y durante este intervalo se esforzará usted en conocer la verdad?
 —Sí.
 —¿Qué hará usted para lograrlo?
 —Fíe usted en mí; tomaré consejo de las más mínimas circunstancias.
 —¿Pero si la función de esta noche y la comida de mañana no fuesen sino pura fábula; si, por ejemplo, al llegar esta tarde á su casa quisiese el duque llevársela á usted?
 —Me negaría á seguirle.
 —Puede obligarla á usted.
 —¿Cómo?
 —Por la fuerza.
 —¿Acaso puede uno llevarse á una mujer por la fuerza, y sobre todo en plena luz del día?
 —Luego, usted me jura...
 —Que le amo á usted, y con esto está dicho todo.
 —Sin embargo, ¿usted opina que es preferible evitar un peligro que no aguardarlo, por fuerte que uno sea?
 —Sí.
 —¿Y si yo le demostrara á usted que el duque quiere llevársela á usted consigo?
 —Entonces le preguntaría á usted qué hay que hacer.

- Partir antes que él.
 —¿Está avisada la señorita de Norcy?
 —Acabo de escribirle.
 —¿Quiere usted acompañarme á su casa inmediatamente?
 —Por ahora no; nuestros temores pueden ser infundados. Vale más evitar todo escándalo inútil; pero llegado el momento no hay que vacilar.
 —Conformes. A la primera sospecha me voy á casa de usted, para que usted me conduzca á la de la señorita de Norcy.
 —Guárdese usted de poner los pies en mi casa; vaya usted en derechura á la de aquélla.
 —¿Sola?
 —Sola.
 —¿De noche?
 —No, porque tendría usted necesidad de tomar un coche que, al día siguiente, podría venderla á usted. Parta usted de día, en el tren, y una vez en Versalles vaya usted á pie hasta la casa que ya le indiqué.
 —¿Y mi equipaje?
 —Déjese usted de equipajes; parta usted tal cual viste en este instante; ya encontrará usted en casa de la señorita de Norcy cuanto necesite. ¿Le parece á usted que una mujer se fuga del hogar doméstico llevando consigo equipaje y criados, como si partiese tranquilamente para el campo?
 —Corriente; una hora antes de partir le escribiré á usted dos líneas.
 —Que usted misma echará al buzón.
 —¿No ve usted que de esta manera no las recibirá usted hasta después de haber yo partido?
 —Esto basta.
 —¿Me aguardará usted en Versalles?
 —¿Yo? me guardaré muy mucho de hacerlo.
 —Así, pues, ¿cuándo volveremos á vernos?
 —Dentro de quince días, de un mes, de dos ¿qué sé yo? Ya comprende usted que lo primero que van á hacer, tan pronto se den cata de la desaparición de usted, será disponer que me sigan. Como yo fuese á verla á usted, á las cuarenta y ocho horas estaba usted en manos de la policía.
 —Pero ¿no calcula usted que será por demás triste el que estemos separados por tanto tiempo?
 —No tanto como si nuestra separación debiese ser eterna.

—Entonces, escríbame usted.

—Ni una sílaba.

—¿Y yo?

—Figúrese usted que no sabe trazar una letra. En casos como el nuestro, las cartas no sirven más que para perder á los que las escriben y á sus destinatarios. Por un par de centenares de pesetas mi portero vendería cuantas cartas destinadas á mí le entregase el cartero. Por otra parte, ¿qué nos escribiríamos? ¿que nos amamos? ya lo sabemos.

—¿Y si caigo enferma? ¿y si me muero?

—¿No estará junto á usted la señorita de Norcy? Además, ya sabré de usted con frecuencia. Mientras continúe usted disfrutando de buena salud y no ocurran novedades, deje usted las persianas de su cuarto de par en par; de lo contrario, ciérrelas usted. Ya hallaré modo de pasar por delante de la casa, y el verla me bastará.

—¿Y si le siguen á usted?

—¡Bah! les reto á que lo hagan; iré á caballo, y si veo que me siguen, tomaré otro camino. Nada tema, antes de aventurarme á emprender el de la casa de usted habré hecho pasear de tal suerte á los espías del duque, que no les quedarán ganas de seguirme.

—Así, pues, cuando usted esté seguro de que no le siguen ¿entrará á verme?

—Menester será que así lo haga. Conque ¿quedamos de acuerdo?

—Sí.

—¿Á qué teatro va usted esta noche?

—A la Zarzuela.

—También iré yo. Si no ocurre novedad, vaya usted al teatro con sombrero blanco; si ocurre algo extraordinario, llévelo usted de color.

—Corriente.

—¿Le verá á usted después de la función?

—No; pasaré la noche en ordenar mis asuntos; y luego en las circunstancias actuales vale más que evitemos toda imprudencia. Sin embargo, añadió Anita con tristeza, ¿quién sabe cuándo volveremos á vernos, si me veo constreñida á fugarme mañana?

—Tenga usted valor.

—¿Verdad que me ama usted?

—Júzguelo usted por el sacrificio que de usted exijo.

—Dice usted bien. ¿Le parece á usted si escriba á mi padre?

—No, hay que desconfiar de todo el mundo, hasta del padre de usted, si usted me ama.

—Corriente.

Dos lágrimas brillaron en los ojos de la duquesa, que escondió el rostro en los brazos de Jaime para ocultarle aquel instante de debilidad, y después de haber permanecido ambos abrazados y silenciosos por espacio de algunos segundos, dijo aquélla:

—No es este el momento de enternecernos, sino de tener serenidad de espíritu y resolución. Luego, sonriéndose y tendiendo la mano á su amante, añadió: Adiós, quizá para siempre; pero tanto si volvemos á vernos como no, suya soy hasta el postrer suspiro.

Anita se echó el velo sobre el rostro, se encaminó apresuradamente á su coche y desapareció.

Era imposible sacrificar la dicha y vida propias con más confianza y sencillez que la duquesa; ni una vacilación, ni un temor, ni el pesar más leve. Las faltas de las mujeres, al llegar á tales pruebas, rayan por un punto con el heroísmo.

Jaime permaneció inmóvil por un instante, con la mano en la frente y preguntándose si le asistía derecho para hacer lo que estaba haciendo. Excusamos decir que su amor acabó por darle la razón. Por otra parte, los acontecimientos le empujaban con tal fuerza, que era imposible de todo punto retroceder. Mi amigo vino á contarme aquel nuevo incidente y me rogó que lo acompañara al teatro. A las ocho estábamos en él, y poco después entró en su palco la duquesa, que lucía sombrero blanco, señal de que no ocurría novedad. Anita, que, por su parte, fingía hablar amistosa y aun alegremente con su marido, indudablemente para tranquilizar á Jaime, que no la perdía de vista, halló modo de mostrar á mi amigo una carta para él. Jaime, durante uno de los entreactos, al ver salir al duque se encaminó al palco de su amante, la cual dejó caer la carta por el ventanillo; mas apenas Feuill la hubo recogido, cuando el duque pareció al extremo del corredor. Podían apostarse mil contra uno que el marido de Anita había visto lo que acababa de pasar; con todo eso su rostro continuó impassible, y aun al pasar junto á Jaime le rozó el brazo como si no hubiera advertido su

presencia. En tales circunstancias, el más pequeño pormenor tiene una importancia positiva.

«Todo marcha viento en popa, decía la carta. Ha recibido el pasaporte, y otra vez me ha propuesto partir con él, á lo cual no me he negado redondamente, si bien he pedido un plazo de ocho días para decidirme. Hame respondido que toda dilación era imposible. Sale de París pasado mañana. Se va á Nápoles. Continúe usted estando agradecido al príncipe; pero, decididamente, nada tengo que temer. Mañana por la tarde, á las tres, le aguardo á usted donde hoy nos hemos visto, pues conviene que durante estas últimas horas no nos veamos ni en casa de usted ni en la mía. Suceda lo que quiera, no desconfíe usted. Ya sabe usted cuánto le amo.»

—Ea, profirió Jaime, cuarenta y ocho horas más de paciencia y estaremos á salvo. Y riéndose, añadió: pero nos habrá costado.

Como se ve, había renacido la confianza.

¿Qué cielo varía como el cerebro del hombre? ¡Qué flujo y reflujo de sensaciones diversas en un minuto, en un segundo, y sobre todo cuando el viento que sopla sobre las olas del espíritu parte de un corazón agitado por el amor!

Dejó á Jaime á la puerta de su casa, y nos despedimos para la tarde del día siguiente, para después de su cita con la duquesa.

Al otro día salí muy temprano de mi casa, y al regresar á ella al mediodía, díjome el portero que había venido un sujeto que preguntara por mí con las más vivas instancias.

—¿Cómo se llama? repuse.

—Me lo ha dicho, pero lo he olvidado. Estaba muy pálido y conmovido; viene á verle á usted con mucha frecuencia.

—¿Jaime de Feuil?

—Esto es.

—¿Qué le pasa?

—Lo ignoro; pero me ha encargado que en su nombre le rogara á usted que no se moviese de casa hasta que él le hubiese visto, pues le urge hablar con usted. Volverá antes de una hora.

¿Qué había ocurrido?

Subíme á mi casa y aguardé una hora, dos, tres, sin que Jaime pareciese. Como es natural, empecé á sentir alguna

zozobra. ¿Había mi amigo tenido una disputa? ¿estaba enfermo?

Salí nuevamente, y encargué al portero que dijese á Jaime que me aguardara en mi habitación por espacio de un cuarto de hora. Luego volé á casa de mi amigo, y cuanto supe fué que éste había salido muy de madrugada. Entonces me encaminé á casa de la madre de Jaime, y como la encontré muy tranquila, no le dirigí pregunta alguna para no sobresaltarla. La buena señora había visto el día antes á su hijo, y al parecer no sospechaba que éste pudiese correr peligro. También yo había visto á Jaime hacía no veinticuatro horas; de consiguiente, la tranquilidad de aquella dama no me la infundió á mí. Volvime á mi casa, y como Jaime no se dejara ver por ella, resolví no moverme hasta tanto aquél no viniese á verme. Mis conjeturas iban convirtiéndose en temores, y éstos tomando más tétrico cariz á proporción que se acercaba la noche. A las seis aun nada sabía de mi amigo. Era evidente, pues, para mí, que había sobrevenido una desgracia, y á cada minuto me parecía que iba á abrirse la puerta de mi habitación y á entrar por ella la madre de Jaime, gritando: «¡Mi hijo ha muerto!» Además, y como acontece á menudo, me revolví contra él porque me dejaba en aquella zozobra. En esto había cerrado la noche; eran las siete. Me paseé repetidas veces de la ventana á la puerta, y nada, hasta que á las siete y cuarto oí que un coche se detenía ante mi casa. Entonces me encaminé á la escalera, y al oír que alguien la subía con rapidez, pregunté:

—¿Eres tú, Jaime?

—El mismo.

—Me has dado una tarde pésima, repuse saliendo al encuentro de aquél y abrazándole; ea, cuéntame inmediatamente qué te ha sucedido.

—¡Se fué! profirió Jaime con voz atragantada y dejándose caer en una silla pálido y descompuesto.

—¿A casa de la señorita de Norcy?

—No; con el duque.

—¿Luego te engañó?

—¡Oh! ¡pobre Anita! ¡como te oyese!

—¿Entonces se la ha llevado?

—Sí.

—¿Y ella ha consentido en partir?

—Quieras que no.

- ¿Y cuándo ha partido?
- Esta noche.
- Y ¿hacia dónde?
- Lo ignoro; pero la hallaré.
- ¿Qué te propones?
- Partir también.
- ¿Cuándo?
- Dentro de media hora.
- ¿Estás en tu juicio?
- Sí, por desgracia.
- Y ¿para dónde piensas salir?
- Para Bélgica.
- ¿Quién te dice que está allí?
- Han partido para el Norte.
- Esto es muy vago.
- Sí, pero es alguna parte.
- El duque dijo que partía para Nápoles.
- La engañaba.
- ¿Quién te ha dado esta última noticia?
- El príncipe.
- ¿Le has visto?
- Sí; lo que he hecho desde esta mañana es incalculable. No he comido ni bebido. Dame un vaso de agua, estoy pe-
reciendo de sed.
- Jaime se bebió media botella de agua.
- ¿Quién le ha dicho al príncipe que el duque y Anita han partido para el Norte?
- Su amigo del ministerio, pero no ha podido puntualizar el sitio.
- ¿Y sin más indicación te pones en camino?
- Ella me lo ha pedido.
- Conque ¿la has visto?
- No; me ha escrito dos palabras.
- ¿Quién te ha dado el billete?
- Fanny, su doncella.
- ¿Y Fanny nada sabe?
- Absolutamente nada. El duque la deja en París.
- ¿A ver lo que te ha escrito la duquesa?
- Jaime sacó de su seno un pedazo de papel en que no ha-
bía más que las siguientes palabras escritas con lápiz: «Parto;
parta usted también.»
- Nada más.

- ¡Pobre mujer! dije.
- Haces bien en compadecerla, repuso Jaime, porque ha sido animosa sobre toda ponderación, y ha sufrido mucho, y debe estar sufriendo todavía más.
- Pero bien, ¿cómo ha ocurrido eso?
- Todavía no conozco los pormenores de lo que ha pasado, que debe de haber sido terrible y que ha durado á lo menos tres horas; cuanto sé por Fanny, es que Anita ha debido ceder á la fuerza y partir medio muerta. Ya ves que es preciso que yo dé alcance á ese hombre.
- No vas á lograrlo, te lleva una ventaja de veinticuatro horas y de cuarenta mil duros de renta. Pagaré doble, triple, á sus guías, é irá tan lejos, que nunca lograrás alcanzarlo.
- Pero lleva consigo una mujer que me ama, que sabe que la seguiré hasta el fin del mundo, y que echará mano de todo para levantarle obstáculos en el camino.
- ¿Has visto á tu madre?
- Sí; le he dicho que mi viaje sería corto: nada sospecha.
- Al hablar de su madre á mi amigo, lo hice con el intento de tocar el único resorte que podía impedirle á aquél emprender un viaje que para mí era una locura cierta y un peligro probable. Pero cuando el nombre de su madre no le hizo mella, tampoco se la harían todas las reflexiones. Por lo demás, hacemos mal en combatir una resolución que, de presentarse la ocasión, tomaríamos nosotros mismos. Jaime, dado su temperamento, no era para aguardar el desenlace, sino para precipitarlo; ni el estado de sobreexcitación de su espíritu podía calmarse de otra manera que por el cansancio del cuerpo. De permanecer encerrado tres días á solas con sus pensamientos, sus zozobras y su cólera, habría muerto de un ataque apoplético. Demás, la duquesa había sufrido lo bastante para que él la diese la última prueba de amor que quizá podría darle, por más que en ello corriese peligro de muerte. Como Jaime no hubiese partido por convicción, debía haberlo hecho por deber, nada más que por habérselo rogado la duquesa. Si después de lo que pasado había, mi amigo me hubiese dicho que se quedaba en París; si aquél no hubiera intentado cuanto intentar podía para reunirse á aquella pobre mujer, habría dado pruebas de no amarla, y, por otra parte, desmerecido en mi concepto. Yo podía, pues, temer por él, pero no desaprobar su conducta; de consi-

guiente, en aquellas circunstancias mi papel de amigo desasegado se limitaba á ayudarle á cometer una locura.

—Ya es hora, me dijo Feuil consultando el péndulo; ¿me acompañas á la estación?

—Claro que sí.

—Entonces, partamos; no faltan más que veinte minutos.

—Te queda tiempo para tomar un bocado.

—No tengo hambre; ya comeré durante el camino.

—¿Te llevas bastante dinero?

—El suficiente para ir al extremo del mundo: dos mil pesetas. Por lo demás, si me hace falta ya te escribiré.

—¿Tienes tu pasaporte?

—Sí, pero sin el refrendo de la embajada; mas no importa, ya lo haré refrendar en el lugar adonde voy. No me ha quedado tiempo para hacerlo aquí.

—¿Qué has hecho, pues?

—Cuanto es humanamente posible hacer en un día. He interrogado durante dos horas á Fanny, que siempre tenía que decirme lo mismo, y he ido á buscar al príncipe para que me acompañara al ministerio de Estado; luego, al encaminarme hacia aquí, se me ha ocurrido sospechar que Anita podía haberse escapado y que quizás estaba en el campo, en casa de Isabel, y allá me he dirigido. Pero no, no estaba allí. Luego he regresado á París, después de haber enterado á la de Norcy que esta tarde me iba á Bruselas, y una vez en París he pasado qué sé yo cuántas veces por debajo de las ventanas de la duquesa, he ido á dar un abrazo á mi madre, me he proporcionado dinero, he llorado, y sufrido, y sentido ansias agónicas, y orado; y heme ahora casi tranquilo y lleno de admiración al ver que el organismo humano puede resistir tantas emociones y fatigas en solas veinticuatro horas. Si me preguntas qué plan he trazado, te diré que ninguno, pues no acierto á explicarme con claridad mis sensaciones. Únicamente sé que lo que más amo en el mundo ha partido y que yo parto tras mi bien. Me sería imposible obrar de otra suerte. Si hallo á Anita, atropellaré por todo para verla; de no, quizá me cueste la vida, ó quizá me consuele. Cuanto puedo decirte es que, fuera de ella, todo me es indiferente. Ea, partamos.

Jaime se levantó tambaleándose, rendido de fatiga, y se vió obligado á llevarse la mano á la frente.

—¡Pobre amigo! le dije.

—No será nada, repuso. Y luego añadió: ¡Ah! esta noche ó mañana te traerán un paquete, el retrato y las cartas de Anita para que me hagas el favor de guardarlos. Uno no sabe qué puede suceder, y en caso de desgracia no quiero que las hallen en mi casa.

Subimos á un simón que nos estaba aguardando á la puerta en medio de un temporal de agua deshecho. La atmósfera corría parejas con el estado de ánimo de mi amigo.

Al llegar á la estación, la primera persona á quien vimos al apearnos fué la señorita de Norcy.

—¿Está en casa de usted Anita?

—¡Ay! no, respondió la de Norcy; he venido para verle á usted por última vez; estaba usted tan turbado esta mañana, que no he podido menos de pensar que se había usted olvidado muchas cosas, y que en el instante de la partida iba usted á necesitar de alguien á quien hacer sus encargos; además, he querido despedirme de usted y desearte un feliz viaje. Si halla usted á esa pobre mujer, á quien no conozco y sin embargo quiero, y puedo serles á ustedes útil en algo, dispongan de mí, aunque deba ponerme en camino; ya sabe usted que he dejado de tener preferencias por esta ó por la otra tierra.

—Gracias, mi buena Isabel, gracias de todo corazón, respondió Jaime verdaderamente conmovido y tendiendo la mano á aquella.

Interin, yo me decía para mis adentros:

—He aquí una mujer que ama, y un hombre que ama también, y los dos sufren de mal de amores. ¿Por qué? ¿Qué quieren los dos? Reunirse á quien aman, pero no pueden. Pues bien, ya que cada uno de ellos alienta en su pecho un amor profundo, y se dan la mano, y son libres y jóvenes, ¿por qué no se dan mutuamente el amor que les inflama? Así, ni el uno se vería obligado á partir, ni la otra se moriría de tristeza, y nada sería parte á separarlos. ¡Y pensar que Dios, que todo lo puede, no obra este milagro! Si andando el tiempo Isabel debe amar á Jaime, ¿por qué debe apurar antes hasta las heces la copa de su dolor? Y si Jaime debe más adelante amar á Isabel, ¿por qué, entretanto, debe llegar hasta el final de un viaje del que van á renovarse para él hasta lo infinito los horizontes?

—¿Me escribirá usted? profirió Isabel.

—Tan á menudo como me sea posible, respondió Jaime.

En esto sonó una campanada, y mi amigo fué á tomar billete, lo que le permitió enjugarse los ojos; porque, á la verdad, estaba conmovido, tanto por lo que se refería á él, cuanto por la afectuosa simpatía que acababa de demostrarle la de Norcy.

—¿Quién me dijera, profirió Isabel siguiendo con la mirada á Jaime, cuando Carlota le acompañaba á mi casa, y les veía, ó más bien les creía tan enamorados uno de otro; quién me dijera, repito, que le vería partir de esta suerte en pos de otra mujer?

Jaime se nos reunió al sonar la segunda campanada.

—¡Viajeros para Bruselas, al tren! gritó un empleado de la estación.

Los grupos que estaban aguardando en el espacioso peristilo se dividieron, pronunciando las últimas palabras de despedida, siempre tan conmovedoras.

¿Conoce el lector algo más triste que una partida, aun en el caso en que se prevé el regreso? ¿Qué debería, pues, pasarnos á nosotros, que ni siquiera sabíamos adónde iba nuestro amigo, como él tampoco lo sabía?

—Ea, adiós, nos dijo Feuill haciendo un esfuerzo; quizás hasta dentro de poco.

Jaime nos abrazó, pero ahora sin poder ocultarnos sus lágrimas.

—Escribenos en cuanto llegues á Bruselas, le dije.

—Lo haré.

Jaime no pudo proferir ni una palabra más; y es que debían de dar nuevo pábulo á su emoción otros y otros pensamientos muy distintos de los que presiden á las despedidas vulgares.

Vimosle perderse entre la muchedumbre que llenaba la estación, y paréceme que aun le estoy viendo con su mantilla sobarcada y haciéndonos con la mano una postrera señal de despedida.

Cuando ya no le vimos, Isabel y yo cruzamos una mirada y dijimos á una:

—¡Pobre Jaime!

—Si sabe usted de él antes que yo, repuso la de Norcy, póngame al corriente.

—Lo haré, respondi.

Como ya nada más teníamos que comunicarnos, Isabel se

despidió de mí, negándose á que yo la acompañara; y es que la infeliz, abrumada bajo el peso de una profunda tristeza sin causa personal, sentía necesidad de estar sola como para una pesadumbre propia.

En el preciso instante en que la de Norcy y yo nos separábamos, una bocanada de aire nos trajo la respiración jadeante de la locomotora que se llevaba á Jaime á... ¿adónde? Sólo Dios lo sabía.

Dos días después de los hechos que acabo de referir, recibí la carta siguiente:

«Mientras están revisando nuestros pasaportes en Quievrain, te escribo la presente. ¡Qué viaje más triste! La lluvia no ha parado ni un solo instante, y el insomnio y el frío han sido mis compañeros inseparables. En torno de mí pululan un sin fin de personas alegres; unas fuman, otras beben, las de más allá se ríen. No he pegado los ojos desde que salí de París, y la calentura me abrasa. Por lo demás, ninguna novedad. Sin embargo, estoy ojo avizor para apoderarme del más leve indicio. Si Anita ha seguido la vía que yo he recorrido, es imposible que no haya intentado dejar huella de su paso; porque es menester que haga lo humanamente posible para ayudar mis pesquisas é iluminar mi inquietud. Hace poco que he entablado conversación con el gendarme que revisa los pasaportes, y le he interrogado con toda maña respecto á los viajeros de ayer, hasta que por fin le he nombrado al duque y le he preguntado si recordaba haber leído recientemente el nombre de éste en un pasaporte. «No recuerdo, me ha contestado; ¿de un cabo al otro del día leo tantos nombres!» Ya lo veo, y, además, ¿qué le importa á él, que, por otra parte, desempeña su oficio de revisión con una indiferencia rutinaria muy cómoda para aquellos que con razón se fugan á Bélgica y no son cogidos en la frontera? ¿Crearás tú que he mirado á todas partes? ¿que he oteado todas las paredes en que ella podía haber escrito una palabra ó trazado un signo? porque si Anita ha partido para Bruselas, forzosamente ha debido detenerse en la sala donde me encuentro. Sírveme de consuelo relativo el pensar que ella ha pisado el suelo que estoy pisando en este instante, y hasta he sustentado la ridícula esperanza de que en algunos trozos de papel que he recogido de las losas hallaría alguna palabra trazada por su mano. También he hojeado los libros que tiene de venta en la sala de la estación un librero, para ver

si entre sus hojas había la duquesa deslizado algún billete. Temo estar loco. Haz una visita á mi madre y dile que estoy bueno. La mujer de la cantina me hará el favor de echar esta carta al buzón. ¡Quién sabe si llegará á tus manos! Nos llaman al tren. Te escribiré desde Bruselas, desde todas partes. ¡Qué bondadosamente se ha portado conmigo Isabel! Si la ves, sé intérprete de mi gratitud para con ella. Pensad todos en mí, no sea sino un poquito.

»JAIME.»

«Bruselas.

»Parece que estoy sobre sus huellas. Me sobraba la razón cuando supuse y te dije que Anita hallaría cómo darme noticias tuyas. En el vagón, he acabado por conversar con un corpulento comerciante belga, curioso, charlatán, y que se atiborra en todas las estaciones. Gracias á él, he comido algo y dormido un poco. Pues sí, el tal comerciante conocía, y de ello parecía estar orgulloso, á todo bicho viviente que encontrábamos en el camino; hablaba por la portezuela del vagón, y en alta voz, con los jefes de estación, y llegado que hemos á Bruselas, ha estrechado afectuosamente la mano al inspector de consumos, con quien ha hecho alguna chacota. De improviso, en medio de la conversación, le he oído exclamar:

—¿De veras? ¿en un cuatro de espadas? Es curioso.

Al oír yo la frase *cuatro de espadas*, he vuelto el rostro y me he acercado á los dos interlocutores.

—¿Qué ocurre? he preguntado.

—Fígrese usted, ha proferido mi compañero de viaje, que el caballero acaba de decirme que esta mañana uno de los mozos de la estación ha encontrado un cuatro de espadas en uno de los vagones llegados de París, y que en el anverso del naípe...

—Hay unas palabras que dicen: *Vale por veinte mil duros*.

—Esto es; pero ¿cómo lo sabe usted?

Por poco doy un abrazo al inspector. Ya ves, toda duda es imposible; Anita salió para Bruselas, y quizás esté ya aquí y yo la vea. No pudiendo corresponder conmigo de otra manera, habrá perdido voluntariamente el cuatro de espadas, convencida de que yo oíría hablar de él si la seguía. Porque es claro como la luz que un bono de tal naturaleza encon-

trado en un vagón debía ser, á lo menos por espacio de veinticuatro horas, objeto de toda clase de comentarios por parte de los que habían dado con él. Ya en tan buen terreno, no he querido renunciar á mis investigaciones. Lo primero era picar la curiosidad de mis interlocutores; después, éstos, quizás á su vez podrían ilustrarme.

—Y debajo de las palabras *Vale por veinte mil duros*, he añadido, hay una firma que responde á esta y esta inicial.

—Esto es, ha exclamado el inspector. ¿Luego usted conoce á la persona que ha perdido esa carta?

—Sí, señor.

—¿Y realmente ese trozo de cartulina vale veinte mil duros?

—Como si los hubiesen grabado en el Banco.

—Siendo así la reclamarán.

—Es indudable; pero cuando lo hagan, exija usted con todos sus ápices la identidad y el domicilio de la persona que se presente á reclamarla.

—Naturalmente.

—Y, mire usted, puede que usted conozca personalmente á quien ha perdido el naípe.

—¿Y eso?

—¿Se encontraba usted aquí á la llegada del tren en que se extravió este naípe?

—Sí, señor.

—¿Traía muchos pasajeros?

—Muy pocos. Era el tren de la mañana.

—¿Ha observado usted si en él venía una joven dama acompañada de su marido, que no la dejaba sola ni un segundo?

—No, señor.

—Esfuerce usted la memoria; una dama vestida de negro, muy pálida, de aspecto doliente. El marido es rubio y también está pálido.

—Aguarde usted. Sí, ahora recuerdo haber visto una dama que poco más ó menos corresponde á las señas que usted acaba de darme. Miraba en torno de sí y parecía no querer apartarse del tren. Su actitud era la de la persona que pone todo su conato en que la vean; pero en ella se conocía desde luego que no era por melindre, pues tenía los ojos encendidos como si hubiese llorado.

—Debe de ser ella.

—¿Y ese cuatro de espadas le pertenece?

—Sí, señor, y si quiere usted creerme, no lo entregue usted sino á la misma dueña en persona, que probablemente vendrá á reclamárselo.

El inspector y el comerciante me escuchaban y miraban con extrañeza.

—Es fácil que usted sepa dónde se encuentran ese caballero y esa dama, he dicho al inspector.

—Lo ignoro de todo punto.

—¿Le parece á usted si estarán todavía en Bruselas?

—Puede que sí.

—¿No podría usted informarse? El nombre de esos viajeros es muy conocido. Además, una cantidad tan importante vale la pena.

—Dice usted bien. Voy á escribir al alcalde para que se informe.

—¿Quién ha encontrado la carta?

—Uno de los conductores.

—Pues que procure dar con esa dama, y recibirá una buena gratificación; pero de preferencia que se dirija á la dama y no al marido; éste es mucho menos generoso.

El inspector ha llamado á un individuo que iba de acá para allá por la estación, ayudando á transportar los equipajes, y le ha preguntado si era él quien había encontrado el cuatro de espadas.

—Sí, señor, ha respondido el interpelado.

—Pues al caballero, ha añadido el inspector designándome á mí, le parece que conoce á la persona que ha perdido ese naípe. Voy á darle á usted una carta para el alcalde, y por el hilo de las indicaciones que éste le dé á usted, vea de dar con el ovillo, quiero decir, con el interesado. Si éste se detiene en Bruselas, no sea sino cuarenta y ocho horas, el alcalde debe saber dónde está, pues todos los días le presentan la lista de los extranjeros que entran en la ciudad. Ea, como usted halle al propietario de ese naípe, se gana usted una buena propina.

El inspector ha dado una carta á aquel individuo, que inmediatamente se ha encaminado á la ciudad, y yo tras él con mi maleta, sin afectación, y rogándole únicamente que de hallar á la persona en busca de la cual iba á Bruselas, viniese á comunicármelo en la fonda de Europa,

donde yo me hospedaba. He dado á aquel sujeto otro nombre que el mío, para evitar toda torpeza de su parte, y ahora le estoy aguardando con la impaciencia que puedes figurarte. Yo podía haberle acompañado para estar más pronto al corriente; pero prefiero no exhibirme. Si el duque se ha llevado consigo á su mujer, es para que yo la pierda de vista, y si está aquí y él me encuentra, todo está perdido. Lo que conviene es que el duque crea que el plan le ha salido bien y que yo ignoro adónde se dirige. Si Anita ha podido asirse á un pretexto para quedarse en Bruselas, no habrá dejado de hacerlo para dar tiempo de reunirme á ella... El empleado de la estación no viene, y se acerca la hora del correo; así, pues, te envío la presente para comunicarte esta noticia, que me ha reanimado un poco y me ha proporcionado un reposo mayor que una noche de sueño. Salí tan apresuradamente de esa, que se me olvidaron muchas cosas de importancia, pero personales, entre otras el enviar á mi editor unas piezas de música que deberían ya obrar en su poder y por las cuales tiene que entregarme dinero. Hallarás las piezas que te digo, arrolladas sobre mi mesa; llévaselas al editor, cobra en mi nombre y guárdame el dinero hasta que pueda yo decirte de fijo adónde debes enviármelo, porque aun no sé á qué punto decirte que me escribas, ya que ignoro adónde me encamino.

Tu amigo un poco menos triste,

JAIME. >

XIX

Por más que fué preparado con el mayor sigilo y llevado á término con gran lujo de precauciones, el rapto de la duquesa, digámoslo así, había transpirado. No hacía aún cuarenta y ocho horas que partiera la amante de Jaime, cuando referentes á tal partida circulaban ya toda clase de rumores, echados á volar por los criados y por el portero, testigos inevitables de la violenta escena que había precedido al rapto, y que aquéllos contaron cada cual á su guisa. El suceso había ido tomando cuerpo y desfigurándose al pasar de boca en boca, las suposiciones convirtiéndose en realida-